

notó excelentemente el Padre Suarez, *disp. 4 de fide, sect. 4, num. 10*, que los milagros que se fundan puramente en impetración, rarísima vez los hace Dios por los pecadores.

Los milagros suponen gran fe en quien los obra, ó sea distinta de la fe teológica, con que creemos los misterios, como dice el Abulense, *quest. 165 in Matth.*, Vazquez, 1, 2, *disp. 109*, con otros; ó sea indistinta, como siente la mas recibida opinion. Es una fe firmísima, grande, perfecta, segun lo de el Apóstol, 1 *ad Corinth. xiii: Si habuero omnem fidem, ita ut montes transferam, á quien acompaña una confianza fija de el milagro que pide, sin que le zozobre la duda de si será ó no será, que fue lo que dijo Cristo á sus discípulos, Matth. xxi: Amen dico vobis, si habueritis fidem, et non hesitaveritis, non solum de ficulnea facietis, sed si monti huic dixeritis, tolle, et jacta te in mare, fiet.*

Esta fe firme, esta confianza sin hesitación piden el ánimo muy purgado y abstraído de estas cosas sensibles y temporales, dice santo Tomás, *quest. 6, de potentia, artic. 1: Cum miracula ex potestate per modum cujusdam imperii fiant, illud præcipue facit idoneum ad miracula faciendá ex potestate, quod reddit aptum ad imperandum. Hoc autem est per quamdam separationem, et abstractionem ab illis quibus debet imperare. Fides autem animum abstrahit á rebus naturalibus et sensibilibus, et eum in rebus intelligibilibus fundat. Y concluye: Inde est, quod etiam altæ virtutes ad faciendá miracula præcipue cooperantur, quod animum bonis á rebus maxime corporalibus abstrahant.*

Si la fe que se requiere para hacer milagros, es fe perfecta, firme, confiada, y para tener estas propiedades supone el ánimo abstraído de lo caduco, ¿cómo se hallará en quien ansioso de la honra la busca por la pretension, tan asido á ella, que sus deseos y cuidados le tiranizan el alma, atareándola á la esclavitud de el puesto que pretende? ¿cómo la tendrá el que arrastrado de el interés, si no quita lo ajeno, no distribuye lo que debe, ó de justicia, ó de caridad; y sordo á los gemidos de los pobres, por esclavo de su codicia se da por desentendido de sus necesidades; guarda y atesora, depositando el corazón entre las riquezas que guarda, ó en las vanidades en que las emplea? ¿Cómo ha de tener imperio para mandar sobre lo visible, quien es tan esclavo suyo? En quien se halla así, mal habrá aquel dominio que segun santo Tomás pide la fe de los milagros.

Con mucha razon, pues, se afirma en la doctrina de esta nota, que la semejanza de vida que tienen los prelados y sacerdotes de estos tiempos con los Apóstoles y discípulos de Cristo, y con los demás que imitaron su vida con ardiente celo de la honra del Señor y salvacion de las almas, es la causa de que Dios no obre ahora las repetidas maravillas que obraba antes. No los obra, porque la distraccion de vida perturba la fe firme y perfecta que se requiere para hacer milagros. No los obra, porque entre tanta tibieza es la impetración muy flaca. No los obra, porque no hay en nosotros santidad heroica, digna de la testificación de Dios. De aquí se infiere que de cuatro motivos que señalan los Padres y teólogos en la patrición de los milagros, que son: testificar Dios la verdad de la doctrina que predicán sus ministros; testificar la santidad heroica que hay en ellos; condescender á sus peticiones; tener fe firme, perfecta y confiada. El primero falta en estos tiempos, porque la doctrina evangélica está bastantemente confirmada: pero los otros tres faltan por nuestras culpas: ellas son la causa que impiden las maravillas divinas, destruyendo la santidad heroica digna de ser testificada con milagros: entibiando la fe, pa-

ra que mande sin hesitación: y en fin distrayendo el ánimo, y estorbándole que pida con devoción, con reverencia y perseverancia.

§ IV.

Quedan con lo dicho satisfechos los argumentos. Al primero, fundado en las autoridades de san Gregorio y san Bernardo, confesamos que los milagros que se requieren para la prudente credibilidad de la fe no los hace Dios en este tiempo, porque no son necesarios. Ni se infiere bien, no hacemos milagros; luego no creemos. Pero se infiere bien, no hay santidad heroica en los ministros; luego no obrará Dios maravillas para testificar. Los milagros, aunque no causan la santidad, son índice que la publican, dice san Gregorio, *ibi: Nam corporalia illa miracula ostendunt aliquando sanctitatem, non faciunt.* Y san Bernardo, *serm. 1 Ascensionis: Non tam merita sunt, quam judicia meritorum.* Estos indicios no los puede dar Dios, si faltan la virtud y los merecimientos.

Á los demás argumentos se ocurre con la misma solucion: pues todos cargan la ponderación en que Dios hace milagros, tomando por instrumento de su omnipotencia ministros muertos en su gracia. Es así cuando los hacen en testimonio de la fe que predicán entre aquellos que necesitan de milagros, para que sea prudentemente creible la doctrina, como los hicieron Judas y otros. Es así que los milagros se enumeran entre las gracias *gratis datas*, y en este sentido no tienen conexión con la santidad; pero tienenla en cuanto son testimonios con que Dios suscribe la virtud de sus ministros, para que sean venerados de todos.

Y aunque los milagros tal vez los impetren los pecadores, pero es rarísima, como está dicho: porque ni la oración de el pecador es tan impetratoria como la de el justo; ni en ella suelen concurrir las condiciones para que alcancen cuanto piden: lo uno, porque regularmente les falta aquella fe firme y perfecta que dijo Cristo, *Matth. xxi: Petite, quærite, et pulsate*, que como explicó Cornelio á Lapide *ibi: Petite significat instantissimam petitionem quæ studium, et diligentiam: qui enim aliquid quærit, totum mentis studium intendit in id, quod quærit. Pulsate perseverantiam. Significat ergo orandum esse fidenter, diligenter, ardentem et perseveranter.* Mírese si en un pecador distraído y embarazado entre pretensiones y intereses es fácil que ore en esta conformidad, sobre ser su oración menos impetratoria por ser de un enemigo. Recórrase lo dicho en el § antecedente.

San Gregorio, *lib. 2 Dialog., cap. 30*, distingue dos modos de hacer milagros. Uno por potestad, y otro por impetración; y para entrambos pide ánimo devoto y recogido en quien los hace: *Qui enim devota mente Deo adherent* (dice) *cum rerum necessitas exposcit, exhibere signa utroque modo solent, ut mira aliquando ex prece faciant, aliquando ex potestate.* Lo mismo dice Beda, *lib. 3 in Marcum, cap. 11*. Todo lo cual regularmente falta en los pecadores; hállase en los perfectos; y así estos piden milagros y los consiguen, esotros no.

Las maravillas que de las dos vírgenes vestales refieren los autores, es lo mas comun y mas probable, como advierte santo Tomás en el lugar que se cita, no fueron verdaderos milagros, como no lo son otras muchas que de gentiles y de herejes recoge Malvenda, *lib. 7 de Antichristo, cap. 13*, entre lo cual nada mas raro que lo que refiere Prateolo, *de vitis Hæreticor., sub lit. G. n. 16*,

de cierto hereje llamado Guido de Lacha, y todo obrado por arte de el demonio, fue ilusion y engaño. Por esto Alejandro III, *cap. Audivimus de Reliquiis, et veneratione Sanctorum*, determina no se dé culto á persona alguna á título de los milagros que parece obrarse por su intercesion: pues sin intervenir el exámen y aprobacion de la Iglesia, va expuesto al riesgo de tenerse por verdadero lo ilusorio, tropezando los fieles en el engaño, por fáciles de creer.

Pero dado que estas maravillas de las vírgenes vestales fuesen verdaderamente milagrosas, respondo con santo Tomás, *quest. 6 de potentia, art. 3, ad quintum: Quod non est remotum, quin sit in commendatione castitatis quod Deus veros per suos Angelos bonos homini miraculum per retentionem aquæ fecisset, quia si qua bona in Gentilibus fuerunt, à Deo fuerunt*. Pudo Dios testificar con aquel milagro, de que el agua se detuviese en la criba, que Tucia no habia violado la castidad, y que esta virtud le agradaba aunque estuviese en un gentil.

Pero de aquí nada se sigue contra la doctrina de esta nota, antes bien la confirma, pues si Dios se dignó tal vez de apoyar con sus milagros la castidad de un gentil; en crédito de sus ministros, no los excusara, si en ellos hubiere santidad heróica, como lo hizo con los de la primitiva Iglesia, en los cuales se hallaba ardiente celo de la salvacion de las almas, y excelente ejercicio de virtudes; y los hace ahora, como vemos en todos los Santos que la Iglesia canoniza, sin que haya alguno cuya santidad no se suponga confirmada por Dios, y los repetidos prodigios de la Iglesia primitiva no sólo miraban á calificar la doctrina evangélica, sino tambien autorizar los ministros que la predicaban, para que con eso fuese mas copioso el fruto de su predicacion, como san Crisóstomo dice, *homil. 29 ad I Corinth. cap. 12*.

FIN DEL TOMO SEXTO.

ÍNDICE

DEL TOMO SEXTO.

SEGUNDA PARTE.

LIBRO SEXTO.

	PAG.
Capítulo XXIII. El triunfo que Cristo nuestro Salvador alcanzó del demonio en la cruz y de la muerte, y la profecía de Habacuc, y un conciliábulo que hicieron los demonios en el infierno.	5
Cap. XXIV. La herida que dieron con la lanza en el costado de Cristo, ya difunto; su descendimiento de la cruz y sepultura, y lo que en estos pasos obró María santísima, hasta que volvió al cenáculo.	22
Cap. XXV. Como la Reina del cielo consoló á san Pedro y á otros Apóstoles; y la prudencia con que procedió despues del entierro de su Hijo; como vió descender su alma santísima al limbo de los santos Padres.	33
Cap. XXVI. La resurreccion de Cristo nuestro Salvador, y el aparecimiento que hizo á su Madre santísima con los santos Padres del limbo.	42
Cap. XXVII. Algunas apariciones de Cristo nuestro Salvador resucitado á las Marías y á los Apóstoles; la noticia que todos daban á la Reina, y la prudencia con que los oía.	50
Cap. XXVIII. Algunos ocultos y divinos misterios que á María santísima sucedieron despues de la resurreccion del Señor; y como se le dió título de Madre y Reina de la Iglesia, y aparecimiento de Cristo antes y para la ascension.	64
Cap. XXIX. La ascension de Cristo Redentor nuestro á los cielos con todos los Santos que le asistian; y lleva á su Madre santísima consigo para darla la posesion de la gloria.	74
Índice de las cosas mas notables contenidas en esta segunda parte.	89
Tabla de los lugares de la sagrada Escritura que se tocan y explican en esta segunda parte de la sagrada Historia.	206
Introduccion á la tercera parte de la divina Historia y vida santísima de María Madre de Dios.	221

TERCERA PARTE.

LIBRO SÉPTIMO.

Capítulo I. Quedando asentado nuestro Salvador Jesús á la diestra del eterno Padre, descendió del cielo á la tierra María santísima, para

que se plantase la nueva Iglesia con su asistencia y magisterio.	239
Cap. II. Que el evangelista san Juan en el capítulo xxi del Apocalipsi habla à la letra de la vision que tuvo, quando vió descender del cielo à María santísima Señora nuestra.	246
Cap. III. Prosigue la inteligencia de lo restante del capítulo xxi del Apocalipsi.	257
Cap. IV. Despues de tres dias que María santísima descendió del cielo, se manifiesta y habla en su persona à los Apóstoles; visita à Cristo nuestro Señor; y otros misterios hasta la venida del Espíritu Santo.	267
Cap. V. La venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles y otros fieles; vióe María santísima intuitivamente; y otros ocultosísimos misterios y secretos que sucedieron entonces.	279
Cap. VI. Salieron del cenáculo los Apóstoles à predicar à la multitud que concurrió; como les hablaron en varias lenguas; convirtiéronse en aquel dia càsi tres mil; y lo que hizo María santísima en esta ocasion.	288
Cap. VII. Jùntanse los Apóstoles y discípulos para resolver algunas dudas en particular sobre la forma de el Bautismo; dánsele à los nuevos catecúmenos; celebra san Pedro la primera misa, y lo que en todo esto obró María santísima.	302
Cap. VIII. Declárase el milagro con que las especies sacramentales se conservaban en María santísima de una comunion para otra; y el modo de sus operaciones, despues que descendió del cielo à la Iglesia.	315
Cap. IX. Conoció María santísima que se levantaba Lucifer para perseguir à la Iglesia; y lo que contra este enemigo hizo, amparando y defendiendo à los fieles.	326
Cap. X. Los favores que María santísima por medio de sus Ángeles hacia à los Apóstoles, la salvacion que alcanzó à una mujer en la hora de la muerte, y otros sucesos de algunos que se condenaron.	339
Cap. XI. Declárase algo de la prudencia con que María santísima gobernaba à los nuevos fieles; y lo que hizo con san Estéban en su vida y muerte; y otros sucesos.	353
Cap. XII. La persecucion que tuvo la Iglesia despues de la muerte de san Estéban; lo que en ella trabajó nuestra Reina; y como por su sollicitud ordenaron los Apóstoles el Símbolo de la fe católica.	366
Cap. XIII. Remitió María santísima el Símbolo de la fe à los discípulos y otros fieles; obraron con él grandes milagros; fue determinado el repartimiento del mundo à los Apóstoles; y otras obras de la gran Reina del cielo.	378
Notas à esta tercera parte.	395

